

estender sobre su porvenir la mancha corrosiva de mi público deshonor. Me determiné pues á ofrecer al amor un sacrificio, que jamás debe ser aceptado; y para hacerlo, si cabia, mas santo, mas puro y delicado, rememore uno por uno los individuos con los que podia contar para el rescate de la vida que iba á costarme poco menos que la mia.

No amaba, no habia amado ni me habia agradado nunca ningun otro hombre que Eduardo: los demás apenas me parecian pertenecer á su mismo sexo. Sin embargo, por un esceso de ternura, ó si se quiere de susceptibilidad, y sin duda alguna, de estremada delicadeza, quise, entregándome á un hombre falto absolutamente de gracia y mérito, desear la posibilidad de toda ilusion, y conservarme, aun en los brazos de otro, pura á lo menos de corazon, é impasible al incentivo de sus caricias, hasta el punto de no ser cómplice de sus criminales placeres.

Mas adelante, cuando mi suerte fatal me hizo descender hasta las gradas mas innobles de la prostitucion, llevé siempre adelante, en favor del amor verdadero, ese propósito digno de mejor fortuna: jamás me he entregado sino á figuras grotescas y extravagantes, mas propias para apagar los deseos, que para escitarlos.

Entre aquellos furibundos candidatos que aspiraban á mis favores, habia un ente bastante ridiculo; de aquellos que la naturaleza parece haber señalado desapiadadamente para ser el escarnio del amor, y el bú de las mugeres; de aquellos cuyas fisonomias sin movimiento, cuyos ojos hueros, y cuyas miradas pálidas y sin espresion se hallan en la imposibilidad de significar cosa, intencion ni concepto alguno; y que á duras penas y no sin sudores y sponcios de muerte, aciertan á formular, en sus semblantes de ternero, la apariencia burlesca de un deseo físico y bestial. Tal fué el hombre que escogí para ser criminalmente el autor de una buena accion. Esta eleccion tenia, además de la ventaja de tranquilizar hasta cierto punto mi conciencia, haciendo completamente de una prueba de vicio, un acto de virtud, la de asegurarme de que el estipendio de mi sacrificio cubriria cuando menos su objeto; pues que, sobre darme á conocer el exterior de aquel hombre que pertenecia á una clase rica, la desconfianza que naturalmente debia infundirle la escasez de sus dotes personales, y la conviccion de que tenia que compensar con dones pecuniarios la falta de aquellos, eran motivos capaces de hacerle mas generoso y desprendido que otros, en sus dádivas: recordaba yo que en efecto no hacia mucho

me habia hecho ofrecer una suma cuantiosa para, decia él, ser el preferido. Es verdad que desde entonces podia haberse prendado de otra, ó arrepentido de su crecida oferta. Sin embargo, esa clase de hombres, destinados á no ser nunca amados, y si solo tolerados por interés, por compasion, cuando mas; tal vez por la fugitiva oportunidad de una ocasion calva, por la de una imperiosa necesidad, ó de una carestia absoluta del género; estos hombres, eternamente desdeñados y privados de la plenitud de goces que solo los prestigios de la ilusion pueden dar al amor, suelen ser duraderos en sus impresiones, y tenaces y constantes en sus deseos. En esto confié, y en efecto no me engañé.

Desde el principio de la enfermedad de Eduardo, solo habia salido yo á la calle para buscar y hacer confeccionar á mi vista las recetas ordenadas por el facultativo; único cuidado que no queria confiar á la muger que por la mañana venia á freagar, hacer la compra, y algun otro mandado. No me veia pues desde ya mas de un mes mi comparsa de adoradores: podian haberme olvidado, ó haber cedido á las seducciones de otra ú otras. Además ¿dónde estarian? Dónde encontrarlos? y aun consiguiéndolo, ¿cómo trabar conversacion con ellos, yo, que me habia manifestado siempre tan esquivada

é inaccesible? Pero sobre todo, ¿cómo entrar en trato con aquellos hombres? cómo proponer, regatear y ajustar el precio de mi deshonra? Firme y resuelta en lo principal, esta condicion accesoria, pero imprescindible y de toda necesidad para mi propósito; esta idea repugnante se me presentaba como un reptil erizado de dardos ponzoñosos: no podia asirla, no podia familiarizarme con ella: me sentia desfallecer, solo con pensar que tuviera que ponerla en práctica. Qué hacer? Para vencer esta dificultad no habia mas que un medio, y era dirigirme á una de las varias mugeres que algunas veces me habian, aunque en vano, requerido y hecho proposiciones. ¿Pero dónde vivian? dónde se hallaban estas? Lo ignoraba. ¿Y cómo preguntarlo? á quien? Antes morir. Resignada ya irrevocablemente á lanzarme en una senda de perdicion, casi me faltaban medios para conseguirlo. Antes y cuando me estremecia el pensar solo en ello, se me brindaba á cada paso la prostitucion: ahora que la necesitaba, que la imploraba, que era mi áncoa de misericordia, mi único recurso, era cuando huia de mí y me abandonaba.

Dominada por un abatimiento mortal, bajé la cabeza sobre el pecho, y juntas y crispadas las manos, en la actitud de la desesperacion, mas bien

que de la plegaria, permanecí largo rato absorta y sumergida en una honda y dolorosa cavilacion. Un movimiento, un acento dulce y lastimero de Eduardo me sacó del torpor que poco á poco se habia ido apoderando de mi. Bien mio ! dijo con su sonora y melancólica voz. Estas dos palabras apasionadas, apenas articuladas por su linda boca, hirieron mi corazon como si fuesen una mordedura. Sí, exclamé en voz baja, levantándome con la resolucion que estaba próxima á faltarme: soy tuya, tuya toda entera ; persona, honra, reputacion, todo te pertenece: todo, todo, amor mio, te lo sacrificaré; y además, añadí vertiendo dos lágrimas ardientes, y depositando con religiosa resignacion un ósculo de entrañable y santo afecto sobre aquella pálida y atribulada frente; te sacrificaré tambien mi porvenir y la dicha de ser tuya.

Salí sin meter ruido : cerré la puerta, teniendo cuidado antes de arrimar, al alcance de la mano de Eduardo, una mesita sobre la cual puse la bebida que podia hacerle falta: bajé silenciosamente las escaleras, y me encontré en la calle, sin saber todavía á dónde pensaba ir, y qué me proponia hacer. Poco á poco mis ideas se fueron coordinando, á medida que andaba, y vinieron á concentrarse en la necesidad urgente de buscar, á toda costa, los

medios de poner en práctica la resolución en que acababa de afirmarme.

Llena ya únicamente del deseo de encontrarme cuanto antes con una de esas arpías que mas de una vez, aunque infructuosamente, habian sido para conmigo unas mensageras oficiosas de seducción, me puse á andar por las calles de fama mas sospechosa de Madrid; y al fin, en la de las Huertas me llamó la atención, por no desconocida, una muger de unos cuarenta años, que arrimada á las vidrieras entreabiertas de un cuarto bajo, me dijo con una sonrisa maligna, al llegar por delante de ella, y con un ligero saludo, de párpados, mas bien que de cabeza: Pues cómo por estos barrios? Quiere usted entrar?—Sí, la dije precipitadamente al paso, en voz baja y azorada; y corrida de vergüenza, encendida como la grana, y palpitante de rubor, me arrojé en el portal inmediato, y me metí por un cuarto en cuya entrada me aguardaba ya el angel réprobo que iba á proceder á mi perdicion.

—A qué feliz casualidad? me dijo, con el acento melifluo y afectado de la perfidia vulgar y rastrera que caracteriza á esa clase de mugeres; ¿á qué feliz casualidad debo yo el honor de tan inesperada visita?

—A la desesperacion, le contesté, dejándome

caer temblorosa y casi exánime sobre un canapé ajado y sucio, que parecia haber sido manoseado por toda una generacion.

—Quía! replicó con tono incrédulo y burlon la infame muger: no puede ser: tan jóven! tan hermosa! y tan deseada! añadió con intencion muy marcada, despues de una ligera pausa; ¿sabe usted que me preguntan todos los dias por dónde anda? ya se vé! como vienen aqui tantos caballeros y gentes principales!.. Pero el que sobre todo está inconsolable, por no verla en ninguna parte, y que me ha hecho dar mil vueltas para encontrarla, es aquel hombre gordo que tan encaprichado ha estado siempre por usted; aquel que una vez me encargó de verla y hacerle las soberbias proposiciones que supongo no habrá usted olvidado. Ese sí que es todo un señor!

—Pues bien, respondí precipitadamente, haciendo un último esfuerzo para superar mi repugnancia y consumir el sacrificio, ese es el que yo busco.

—Cómo! es posible! Despues de tantos ascos!

—Todo es posible; pero no perdamos tiempo: es preciso que me encuentre usted cuanto antes á ese sugeto.

—Eso no será muy difícil. ¿Y qué le diré?

—Que consiento; pero con la condicion de que me ha de dar doce onzas precisamente.

—No es mal precio; pero las dará, y aun más, si es necesario.

—No necesito mayor cantidad; pero esta la quiero cabal, íntegra; ni un real más, ni un cuarto menos.

—¿Y á cuándo la cita? en dónde? supongo que será aquí.

Me estremecí de pies á cabeza al oír estas palabras: me pareció que era yo un condenado á muerte, á quien se le leía su sentencia: toda mi sangre refluyó y se me agolpó al corazón: me levanté como para huir, pero me faltaron las fuerzas; di un grito terrible, y caí sin sentido al suelo. Estuve largo tiempo desmayada; pero en fin, vuelta en mí, mas bien por las punzadas crueles de mi intenso dolor, que por aquellos cuidados rutineros, prodigados con tibieza é indiferencia á lo que se llama prógimo, en virtud de un hábito de ineficáz é insulsa caridad, me separé de la muger maldita, despues de fijarle el tercer dia para el cumplimiento del horrible ajuste que yo misma acababa de hacer, y de quedar en cómo me habia de avisar de haber sido admitido.

Volví á casa con la postracion y abatimiento de quien acaba de cometer un crimen: debia de llevar en mi semblante una singular espresion, pues

Eduardo se sobrecogió y conmovió al verme, y se deshizo en preguntas y en manifestaciones de inquietud, de interés y de entrañable ternura. Pude en fin tranquilizarlo, y desviar de su imaginacion el presentimiento que parecia habérsele presentado, de que su felicidad habia zozobrado: en cuanto á la mia, habia ido del todo á pique.

En los dias siguientes me hize superior á mi profundo pesar, y ocupada de Eduardo con la abnegacion desinteresada y absoluta de una madre, solo pensé en su curacion y porvenir.

Llegó el dia fatal de mi deshonor para los hombres, y de mi apoteosis para el Supremo Ser, que desde su trono eterno juzga, no los actos, sino las intenciones: fuí manchada de besos impuros, en los brazos de una seduccion sórdida y brutal: di el primer paso en la senda de la prostitucion: me hice materia de tráfico, y me constituí ramera. Puesta en ajuste ya, aunque sea una sola vez, todo está dicho: la carrera se halla ya irrevocablemente señalada: la profesion está conocida, publicada y caracterizada: no sirve volver pies atrás: el remordimiento es inútil, y el arrepentimiento tardío y sin resultado: los hombres ya han juzgado: la opinion está formada: es preciso someterse á su fallo.

Eduardo sufrió con admirable valor la opera-

cion, y desde entonces fue segura su curacion; pero esta fue lenta, y mi amigo tardó mucho tiempo en restablecerse y recobrar sus fuerzas. Su larga convalecencia y los crecidos dispendios que ocasionó agotaron de nuevo mis recursos; y á pesar de trabajar de dia y noche, el precio mezquino fijado á las labores de las mugeres llegó á ser del todo insuficiente para atender á nuestros indispensables gastos. Mi pobre amigo seguia entretanto confiado, con la fe de un niño, en que mis ahorros y mi tarea constante bastaban para cubrir aquellos; y aunque afligido de verme afaenada sin descanso, se resignaba, con la esperanza de que llegaria pronto el momento de ganar él tambien algun dinero, y de poder ofrecerme descanso y comodidad, al terminar la carrera que habia emprendido. Desengañarle hubiera sido una crueldad: le dejé en su error: qué me costaba? ¿no tenia que ocultarle otro, otro fatal y terrible, cuyo descubrimiento le habria anadado?

Eduardo ya se levantaba de la cama. A veces, lleno de pena por verme coser y bordar sin cesar, se acercaba á mí, y cogiéndome amorosamente la cabeza entre sus dos manos, depositaba algunos besos apasionados sobre mis fatigados párpados, diciendo, con tierno y conmovido acento: toma,

vida mia, toma, para que tus hermosos ojos descansen y recobren el ardor divino que en mí solo deberían emplear. Una lágrima ardiente solia entonces, por contestacion única, humedecer, á pesar mio, sus acariciadores labios. Eduardo, en aquellos momentos de amor y de dolor, me cogia por la cintura; me hacia sentar, lleno de alarma, sobre sus rodillas; y estrechándome entre sus amantes brazos, clavaba inquietas sus miradas penetrantes en las mias, esforzándose en interpretar la causa de mi constante pesar, y en sondar un arcano, cuya existencia quizás presentia, sin poder descubrir el terrible secreto que pesaba sobre mi corazon, ni obtener mas que un suspiro y una mirada profundamente melancólica, cuya espresion no estaba en mi poder cambiar, aunque á veces temia que le iluminase sobre el horrible misterio que en mi alma se encerraba.

Me estremecia cuando mi joven amante, recobrados ya su ardor y lozania, me apretaba sobre su pecho: apenas, vencida por el ardor de la pasion, me atrevia yo á corresponderle del mismo modo: me parecia que le profanaba; y en efecto era así. Acosada por la mas espantosa miseria; amenazada de no poder completar su larga convalecencia; y perseguida por la horrible idea de verlo entregado

á la desesperacion, si le descubria el horror de nuestra situacion, habia tenido que recurrir varias veces al espediente de adquirir, por la prostitucion, lo que me negaban el trabajo y la laboriosidad; pero el estipendio de los sacrificios habia ido bajando rápidamente, á medida que estos se habian multiplicado. Además, por una delicadeza singular y original, que solo comprenderán las mugeres de mi temple, me habia propuesto no pertenecer esclusivamente á ninguno de mis galanes, y aun no tener actos repetidos con ninguno: no queria que un trato algo seguido, ó un hábito cualquiera, pudiera crear clase alguna de lazo entre ellos y yo, ya que mi cuerpo se habia prostituido, no queria que ni remotamente lo fuese mi afecto; y deseaba que mi amante pöseyese intacto, ya que no mi persona, á lo menos mi corazon. Este propósito me habia obligado á multiplicar mis deplorables conquistas. De esta manera, aun no se hallaba Eduardo en estado de salir á la calle, cuando mi reputacion, como muger pública, se habia estendido en términos, que yo era conocida en los establecimientos de prostitucion, y buscada por los libertinos mas distinguidos y decididos.

Colocada en tan terrible posicion, perdida sin remedio, y suspensa sobre un abismo, mil veces

habia formado la resolucion de separarme por siempre de Eduardo , y de dejar de manchar su amor con mi impureza ; y otras tantas , muerta de placer entre sus brazos , se habia desvanecido mi cobarde propósito , temerosa de clavar asi un puñal en su corazon ; y sin duda llevada tambien del tierno egoismo que me le hacia preferir á su propio honor , y que me hacia imposible abandonar , aunque bastardeada ya y criminal , tanta dicha , tan inmensa felicidad . En fin , un resto de pudor , y sobre todo , la necesidad de alejarme , á lo menos en público , de la compañía de mi amante , á fin de evitar los lances y conflictos terribles que , por fuerza , un dia ú otro nos ocasionarian á ambos las miradas lúbricas é insultantes , y las señas de complicidad é inteligencia de los que habian adquirido el derecho ó el privilegio de tratarme como cosa propia , como alhaja comprada y disfrutada , hicieron que , á pesar de las plegarias y tiernos ruegos de Eduardo , me obstinase en dejar de vivir con él , pretestando para ello , aunque bien tarde por cierto , el cuidado de mi reputacion , escudada hasta el dia , en cierto modo , segun yo le decia , con el motivo de su larga y peligrosa enfermedad . Quise persuadirle que su restablecimiento quitaba á este motivo toda su santidad ; que yo abrigaba mas que nunca el deseo de que

ni él ni yo perdiésemos, por una conducta censurable é inconsiderada, la estimacion de las personas que podian interesarse en nuestra suerte. Eduardo no se dió á estas razones; pero lo crítico y apurante de mi situacion me dió la fuerza de que necesitaba para resistir á sus dulces instancias, y me hizo inexorable.

Tomé una habitacioncita en el cuarto piso de una casa situada en una calle muy frecuentada; y allí empecé viviendo como una Lucrecia, ganándome por algun tiempo la vida honestamente, sin necesidad de acudir á los viles medios de que me habia valido para sostener á mi amante. Esta obligacion, para mí suprema, habia desaparecido con el restablecimiento de este; y nada en el mundo, ni aun la conservacion de mi propia existencia, pudiera haberme forzado á la reiteracion de un sacrificio al que debia la desgracia de mi vida entera.

Eduardo seguia sus estudios, auxiliado para ello con una mezquina pension que le concedia el afecto de un antiguo amigo de su padre, y que apenas alcanzaba para su manutencion. Asi caminábamos ambos, vacilantes y tropezando á cada momento dolorosamente en el estrecho camino de la vida, sembrado de olorosas flores para el rico, y de abrojos punzantes y lastimosos para el pobre; apo-

yándonos estrechamente el uno al otro, para resistir al huracán de la desgracia, cuando murió de repente el anciano que socorria mensualmente al amigo de mi corazon, imposibilitándole del todo esta catástrofe para poder seguir sus estudios. Huérfano, solo en el mundo, sin amigos que pudiesen ó quisiesen ayudarle, sin ahorro ni recursos de ninguna clase, ¿qué iba á ser de Eduardo? de su privilegiada disposicion? de sus esperanzas, y del brillante porvenir que yo para él me prometia? Mancillado, envilecido, cubierto de lodo é infamia, aun le quedaba su angel tutelar; no ya con sus alas blancas y su corona de záfiro, sino con su túnica abigarrada y su cintura de bacante. No importa: ella le sostendrá con su corazon puro y ardiente de pasión; ella le alimentará con su sangre; y para purificar su inextinguible amor, ofrecerá de nuevo en holocausto en sus aras, el precio de la prostitucion. ¡Pobre muger, á quien la fortuna adversa habia negado todo, menos la posibilidad de egercer una sola clase de industria!....

Aunque linda é interesante, no tenia ya el aliciente de ser una novedad para los aficionados: fue preciso reducirme á ser una prostituta adocenada. Pretesté con Eduardo la necesidad de acortar mis gastos; y queriendo á toda costa ocultarle el triste

recurso al que tenía yo que acudir, y alejar de él cuanto pudiera conducirle al descubrimiento fatal de mis forzosos y, puede decirse, virtuosos desórdenes, me vine á vivir con vosotras; exigiéndole, como condicion impuesta por mis compañeras, el que nunca pisara estos umbrales; y conviniendo en que solo nos veriamos de vez en cuando fuera de Madrid, ó en algun paseo ó parage poco frecuentado. Asi lo hemos hecho desde dos años. Gracias á mis pocos incentivos, he podido desde entonces adquirir hasta el dia lo suficiente para subvenir á sus gastos. En medio de mi desconsuelo, tengo la satisfaccion de saber que está bien alimentado, de verle bien vestido, y de suministrarle cuanto necesita para compra de libros, y para atender á los gastos de su carrera. Dentro de un año la concluirá; y, sea de esta pobre prostituta lo que quiera, le deberá su suerte y los años de felicidad que hemos pasado amándonos.

—Y entonces? preguntó Leonarda, que hasta allí habia estado escuchando á su amiga con un interés siempre creciente y que espresaba elocuentemente la mirada ardiente y llena de inteligencia de sus grandes ojos negros: ¿y entonces, qué piensas hacer?

—Confesárselo todo á Eduardo, renunciar á él, y morir.

—Muger! ¿y crees que tu amante no tendrá el alma bastante grande, bastante sublime y elevada para comprender la santidad de tu abnegacion y el mérito de tus sacrificios?

—Lo dudo, y esto bastará para que yo lleve á cabo mi resolucion. El egoismo, el amor propio, aun en el hombre mas generoso, ocupan siempre el primer lugar en su alma. Solo la muger sabe ser todo amor y abnegacion. ¿No la crió naturaleza para ser madre? Además, Eduardo, pobre y desvalido, tiene que crear su fortuna: el vilipendio de pertenecer á una muger como yo, se lo estorbaria: yo seria un obstáculo, una piedra de escándalo en su camino: yo, que tanto tiempo he sido su providencia, debo desembarazarle de este tropiezo: debo desaparecer.

—Pobre Cayetana mia! prorrumpió sollozando y arrojándose en sus brazos la impresionable Leonarda: eres un angel.

—No: soy una muger!!!

Yo, espectador invisible de esta melancólica escena, quedé largo rato inmovil y pesaroso, contemplando con dolorosa emocion aquellas dos atractivas jóvenes; víctimas, la una de la irritabilidad de sus sentidos; la otra, de la sensibilidad de su corazon; tipos ambos estraños y grandiosos, que

parecian haberse fundido, el primero, en el molde de donde surgió Mesalina; el segundo, en el que dió nacimiento á la nueva Heloisa. No sali de ese pobre albergue sin verter algunas lágrimas sobre la suerte fatal de aquellas desgraciadas, y sin maldecir las espantosas aberraciones de nuestra monstruosa civilizacion.

parecían haberse fundido, el primero, en el molde de donde surgió Mesalina; el segundo, en el que dio nacimiento á la nueva Heloisa. No salió de ese molde albergue sin verter algunas lágrimas sobre la suerte fatal de aquellas desgraciadas, y sin maldecir las espantosas aberraciones de nuestra monstruosa civilización.

INDICE.

	PÁGS.
<i>Altercado con mi librero.</i>	5
<i>Un diablo casi como los del día.</i>	14
<i>Las guardillas.</i>	37
<i>Paralelo entre el portero y el habitante de la guardilla.</i>	60
<i>Los goces de la guardilla.</i>	71
<i>Orden gerárquico de las guardillas.</i>	78
<i>Un grande hombre futuro.</i>	85
<i>Dos pimpollos.</i>	125
<i>Los ladrones de última categoría.</i>	149
<i>Las vestales, ó los tres temperamentos.</i>	204

INDICE.

Págs.

55	Altruismo con mi librero
44	La diablo casi como los del día
37	Las guardillas
	Paralelo entre el portero y el habitante de
60	la guardilla
71	Los gozes de la guardilla
78	Orden jerárquico de las guardillas
85	El grande hombre futuro
125	Dos pimpollos
143	Los ladrones de última categoría
204	Las revistas, ó los tres temperamentos







1063200

